

# LA CAMPAÑA QUE DECIDIO LA SUERTE DE LAS COLONIAS AMERICANAS



Cad. (r) ELIAS ESCOBAR S.

En mayo de 1808 el Imperio Napoleónico había alcanzado su máxima grandeza; aquel inmenso guerrero estaba en todo el apogeo de su poder y de su gloria. Ninguna sombra empañaba su fulgurante estrella; al igual que César, sus victoriosas legiones se habían paseado triunfantes por todos los confines de Europa. Las grandes potencias del Norte habían sucumbido en Austerlitz, Jena y Friedland. El tratado de Tilsit neutralizaba a Rusia. Las tropas veteranas ocupaban los estados vasallos del Rin e Italia; Austria era vigilada de cerca por el poderoso cuerpo de ejército del mariscal Davout, el mejor lugarteniente del Imperio. Ante esta calma aparente conseguida en el Norte y Mediodía del Continente, el temible conquistador volvía sus ojos sobre la Península Ibérica; la línea de los Pirineos no podía ser el límite de su vasto imperio.

España y Portugal con sus ricas colonias eran una codiciada presa. Los

conflictos permanentes de familia protagonizados por la corte de Madrid, cuya dinastía había llegado al último grado del envilecimiento y degeneración por la conducta de un anciano y pusilánime rey Carlos IV; de un cobarde y perezoso heredero Fernando VII; de una licenciosa e impúdica reina, y de un ignorante e insolente favorito que había enajenado la voluntad de sus soberanos, condujo a la desdichada nación, antaño tan temida y respetada, a merced del Todopoderoso Emperador, constituyéndolo en árbitro absoluto de sus destinos. En la mente prodigiosa de Napoleón se agitaban los más diversos pensamientos con respecto a España; de la decisión que tomase dependía la suerte de esta nación, de las colonias americanas y paradójicamente la suerte de él mismo. Dominado por la sistemática idea de colocar en todos los tronos a sus hermanos, en lugar de Borbones, e impulsado hacia aquel objeto por un sentimiento de familia y por su genio reformador, al que repugnaba dejar cerca de sí, dinastías decrepitas, inútiles y perjudiciales a sus intereses y a su política.

#### La decisión de Napoleón.

Tres líneas de acción se presentaban a su concepción política y estratégica: Primera.- Unir a España en una alianza de familia, complaciendo las aspiraciones del heredero Fernando, de casarse con una princesa de la casa Bonaparte; al mismo tiempo ordenar el derrocamiento del favorito Manuel Godoy para cumplir el deseo ferviente del pueblo. Por otra parte evitar la ocupación militar dejando intacto el territorio. Segunda.- Conceder los mismos beneficios anteriores en cuanto a matrimonio del heredero y caída del favorito, pero reservándose el derecho de anexar al imperio francés las provincias del

Ebro, las costa de Cataluña, así como también el goce común de las colonias americanas; en compensación a esta desmembración. España recibiría la mitad de Portugal. Tercera.- Destronar definitivamente a los Borbones uniendo el destino de España y Francia por el establecimiento de una nueva dinastía, para regenerarla haciéndola útil a su causa, sin exigir ningún sacrificio de territorio, ni ventaja comercial.

En las manos de Napoleón se barajaban estas tres cartas; el juego se inclinaba a la tercera y ésta favorecía inexorablemente el destino de la emancipación americana anticipando el proceso revolucionario en más de medio siglo. Analizando cada una de ellas en sus causas y efectos encontramos lo siguiente:

a) La primera fijaba y fortalecía al vacilante poder español, en una vigorosa unión de familia, eliminando a la vez la acción del odiado favorito y conciliando la opinión general. En virtud de esta alianza España podía disponer de los recursos necesarios para aplastar cualquier brote de insurgencia en sus colonias, contando además con el apoyo directo del más formidable poder militar de la época.

b) La segunda hacía todavía más remota la posibilidad de las colonias de sacudir el yugo, puesto que Francia se reservaba el derecho de compartir el goce de ellas; el peso de su extraordinario poderío militar anulaba por completo todo intento revolucionario y como lógica consecuencia retardaba indefinidamente nuestra liberación.

c) La tercera, que en definitiva fué a la que se inclinó irresistiblemente Napoleón, abrió el paso a la causa de la independencia americana.

El destronamiento de los Borbones y la ocupación militar de la península precipitaron a España en la más

trágica y desastrosa guerra, que en seis años de gloriosa y gigantesca lucha asoló su población y devastó su territorio, extinguiendo sus recursos, aniquilando su poderío militar y ocasionándole por último la pérdida irreparable de su imperio colonial. También los resultados de élla fueron funestos para Napoleón, quien convencido de realizar una fácil conquista, había manifestado a sus mariscales, que esta empresa no le embargaría mayores sacrificios, ya que sabía perfectamente que España no contaba con una fuerza regular lo suficientemente poderosa para medir sus armas con él en el campo de batalla. A pesar de que su genio militar había previsto todas las consecuencias de esta campaña, inclusive el levantamiento general del pueblo, quiso evitarlo a todo momento según prueba el documento fechado el 29 de marzo de 1808 en que daba instrucciones precisas a su cuñado el mariscal Murat, jefe inicial de la expedición. Apartes de este documento son los siguientes: "Temo que me engaÑáis sobre la situación de España! no creais que la presencia de vuestras tropas delante de Madrid será suficiente para someter a España. Tenéis al frente un pueblo orgulloso, altivo y valeroso. La aristocracia y el clero son dueños de la nación; si temen por la existencia de sus privilegios, provocarán contra nosotros un alzamiento en masa, que podría eternizar la guerra. No apruebo Sr. Mariscal vuestra decisión de tomar precipitadamente a Madrid; el ejército ha debido mantenerse a diez leguas de la capital y evitar cualquier encuentro con el pueblo y el ejército. Por otra parte los españoles son demasiado fanáticos y celosos de su religión; debéis respetar sus iglesias y conventos; no conviene en ninguna forma que se encienda una chispa". Este admirable documento demuestra

que no pudo preverse en forma más extraordinaria lo que en realidad sucedió. Pero la fuerza de las circunstancias que obligaron a Napoleón a mantenerse alejado de aquel teatro de operaciones, impulsaron a sus generales a cometer errores irreparables que lo comprometieron en una guerra irregular totalmente desconocida, llena de sorpresas en un accidentado territorio en donde no había roca, espesura o camino que no abrigase una emboscada.

#### **La gran campaña 1808-1814.**

Para comprender mejor esta magna empresa, base fundamental en el desenvolvimiento histórico-militar de latinoamérica, ya que su desenlace produjo la independencia de España y paradójicamente la liberación de sus colonias de ultramar, es importante estudiar a fondo el aspecto militar de las operaciones de esta singular campaña. En anterior ensayo habíamos hecho la apreciación real del estado político y militar que vivió España en 1808. Su ejército sin disciplina, mal instruido, pobremente equipado, sin mandos idóneos era un cuerpo sin alma; sobrada razón le asistía a Napoleón sub-estimar aquella modesta fuerza. Esto lo indujo a no retirar las tropas veteranas que constituían el Gran Ejército, cuyos efectivos se aproximaban a la fantástica cifra de 800.000 hombres, diseminados por el Norte y Mediodía de Europa, para asegurar la sumisión de Alemania, de Prusia, de Italia y de los estados del Rin; cubriendo además la línea entre el Oder y el Vístula para detener cualquier intento de Rusia o de Austria. Por este motivo el ejército que destinó a España era compuesto en su mayoría de reclutas; sus efectivos se aproximaban a 100.000 hombres distribuidos así: 80.000 de infantería, 12.000 de caballería y el resto artilleros, ingenie-

ros y amunicionadores con apoyo de unos 200 cañones. Esta fuerza estaba comandada por los más famosos y expertos mariscales y generales del Imperio, veteranos de muchas batallas. Su misión principal consistía en garantizar y sostener la entrada y posesión de José Bonaparte en su vacilante trono; al mismo tiempo evitar cualquier acción directa de los ingleses sobre Portugal. Pero la llegada de éste a la capital y su reconocimiento por las cortes como nuevo rey prendió el fuego de la insurrección. La Junta Suprema Revolucionaria de España y de las Indias, establecida en Sevilla y luego en Cádiz, proclamó la Guerra Santa, exhortando al pueblo a luchar por su independencia. La sangre española tenía demasiado fuego en las venas y en forma masiva respondió al llamamiento sin distinción de categorías de clases u oficios. Caballeros, frailes, obreros, campesinos y bandidos corrieron a las armas.

Las fuerzas invasoras distribuidas en cuatro cuerpos de ejército, hicieron frente con gran desconcierto a un nuevo sistema de combate; la guerra irregular empleada por primera vez en gran escala; pequeñas bandas de guerrilleros acechaban día y noche a las columnas francesas, atacándolas por todas partes; las vanguardias, retaguardias y flancos eran constantemente amenazados por aquellas incursiones lo mismo que las líneas de comunicación y los convoyes de aprovisionamiento eran completamente destruidos e incautados. Sin embargo, los generales de Napoleón recuperándose de aquella sorpresa inicial, lograron coordinar una gran ofensiva; el 14 de julio de 1808, la columna del mariscal Bessiers tomó por asalto a Medina de Río Seco; simultáneamente el cuerpo de la "Lassalle" con-

quistó a Valladolid; también el cuerpo del mariscal Moncey marchó sobre Valencia y la tomó el 13 de julio; el general Verdier inició el sitio de Zaragoza, defendida por el heroico Palafox.

España ardía por todas partes como un infierno. Napoleón que desde Francia no podía apreciar esta fiebre, quiso dominar sin demora la revolución enviando varios refuerzos a su hermano, que impaciente le comunicaba su difícil situación. En Andalucía era donde los sublevados se encontraban mejor organizados y con más amplios recursos; disponían de una pequeña fuerza regular mandada por un verdadero profesional, el Capitán General don Francisco Javier Castaños que con sus lugartenientes, Reding y La Peña se aprestaban a combatir al cuerpo del ejército del general Dupont; éste, después de tomar a Córdoba y ordenar el saqueo de la ciudad, contraviniendo las órdenes expresas del Emperador quien había prohibido a sus generales que cometiesen actos de pillaje que irritaran más las pasiones del pueblo, incurrió en un segundo error táctico; en lugar de continuar la marcha hacia Sevilla, según orden superior, retrocedió bruscamente en dirección de Andújar y de allí siguió peligrosamente avanzando hacia los desfiladeros de Sierra Morena, hasta caer en la trampa que le tendió Castaños; precisamente el 19 de julio Dupont se encontraba frente a "Bailen"; este mágico nombre antes desconocido, iba a cambiar el curso de la historia. La famosa batalla que inmortalizó aquel sitio constituyó la primera derrota de las armas Napoleónicas; como sus resultados fueron de enorme trascendencia en el campo militar, es importante dedicarle un capítulo aparte.